

Julio Ferry no había ganado la partida con el voto de la Cámara del 9 de julio. La expulsión de los jesuitas de la segunda enseñanza había venido á ser el único objetivo del gobierno republicano. En Beziers y en Marsella, durante un viaje en que reanimó el celo de los partidarios del espíritu laico; en París, donde tuvo que presidir la inauguración del bulevar Arago, en todas partes Julio Ferry dió el grito de guerra contra el clericalismo, hasta en el discurso que pronunció el 5 de agosto, en la distribución de premios del concurso general.

II

Fuera de la revisión constitucional, de las leyes escolares y de los presupuestos, hubo pocas discusiones importantes en el Parlamento antes de las vacaciones. La única que apasionó á la Cámara fué relativa á Blanqui. El viejo conspirador había sido elegido diputado por Burdeos, merced á los votos de los realistas y de los bonapartistas. Defendida por Clemenceau, su elección fué anulada por 354 votos contra 33.

En el Senado, dos interpelaciones á Le Royer por los Sres. Gavardie y Baragnon dieron por resultado una orden del día de confianza en la justicia y firmeza del ministro. Gavardie se quejaba de los nombramientos firmados por Le Royer para la composición de los tribunales, y de los procesamientos que hacía practicar por el tribunal de casación, funcionando como poder disciplinario, contra los individuos de los tribunales que hacían alarde del desprecio en que tenían á las instituciones republicanas. Baragnon reprochaba á Le Royer el haber cedido, para el reclutamiento del consejo de Estado, á un espíritu distinto del que había animado á la Asamblea nacional. La creación de una nueva sección en el consejo de Estado y el derecho que tenía el gobierno de reemplazar á los consejeros cuya investidura no databa de 1872, permitía al gabinete nombrar 25 consejeros de los 30 que formaban aquel alto cuerpo. Algunos republicanos pretendían que el gobierno podía renovar enteramente el Consejo; 251 votos contra 142 se pronunciaron, en la Cámara, contra esta teoría de renovación integral, que al fin y al cabo se efectuó, pues todos los consejeros conservados dimitieron. El Consejo de Estado, reconstituido por el decreto del 2 de agosto de 1877, tuvo por presidentes de sección á los Sres. Ballot, Laferriere, Collet, Blondeau y Bevoite. El nuevo consejo era tan competente como el anterior y mucho más fiel á las instituciones establecidas. No opinaba así Baragnon, que pareció no haber interpelado al ministro de Gracia y Justicia más que para colar esta frase: «Queréis magistrados que obedezcan y soldados que razonen.»

Entre las leyes económicas citaremos las que autorizaban al gobierno, entonces librecambista, á prorrogar los tratados de comercio que expiraban; la que permitía cobrar por correos efectos comerciales de menos de 500 francos; la que suprimía los miembros eclesiásticos en las comisiones administrativas de beneficencia; la que dotaba de una nueva suma de 300 millones á la caja de caminos vecinales y la que clasificaba las vías férreas de interés general destinadas á completar la red de ferrocarriles del Estado.

Los presupuestos de 1880 fueron presentados por León Say el 23 de enero de 1879. Impulsado por la opinión y por la Cámara, el ministro de Hacienda admitía esta vez la reducción de impuestos, y consintió en una rebaja de 7 millones desde luego y de 25 millones después sobre las patentes. El presupuesto de gastos para 1880 se elevaba 3.316 millones, ó sean 150 millones más que en 1879. Los aumentos recibían la distribución siguiente: Obras públicas, 98 y medio millones; la Deuda pública, 23 millones; Guerra, 15; Marina, 3 y medio; administración de rentas estancadas, 4; Agricultura y Comercio, 2; Argelia, 1 y medio; é Instrucción pública, más de un millón. Como el presupuesto de ingresos sólo se elevaba á 2.756 millones, León Say estimaba necesario hacer un empréstito de 560 millones.

La ponencia de la comisión de presupuestos aportó ligeras modificaciones al proyecto del ministro de Hacienda. La cámara aumentó el sueldo de 2.000 ecónomos ó capellanes y el capítulo de becas ó pensiones escolares. El Senado admitió las proposiciones de la Cámara relativas á la reducción de impuestos y no disminuyó los gastos exagerados, que se elevaron á 3.306 millones; y como los ingresos normales sólo llegaron á 2.890 millones, hubo un déficit de 415 millones que fué cubierto por 475 millones de arbitrios extraordinarios y de recursos de empréstito, ó sea un excedente de 130 millones que se aplicaron á los ejercicios de 1881, 1882 y 1883.

Una de las primeras medidas tomadas por el gabinete Waddington había sido el nombramiento de Alberto Grevy, hermano del presidente de la República, para el cargo de gobernador general civil de Argel. Los poderes del nuevo gobernador se extendían sobre el ejército y sobre la marina, sobre el territorio civil y sobre el territorio militar, sobre el elemento europeo y sobre el elemento indígena. Bueno era precisar las atribuciones de un gobernador, pero no aportar una modificación más al régimen administrativo de la Argelia, por cuanto tales cambios coincidían generalmente con algunas insurrecciones de los árabes: el caso debía de repetirse una vez más con Alberto Grevy.

Aun estuvo menos bien inspirado el gabinete, unos dos meses antes de su caída, en el nombramiento de un gobernador para la Martinica. Para este cargo, el gobierno había nombrado al viejo republicano Gent, diputado por Vaucluse, que se había distinguido en Marsella por sus actos de valor durante la defensa nacional. Un periódico bonapartista desenterró una antiquísima historia judicial en que Gent estuvo complicado. El gobierno procuró obtener el desestimiento de Gent, pero, ante la negativa de éste, le dió el cese, nombrando en su lugar al oficial de marina Sr. Aube. Gent, que había dimitido el cargo de diputado después de su nombramiento de gobernador, tuvo que presentarse de nuevo á los electores de Vaucluse, que le enviaron otra vez á la Cámara el 23 de diciembre. En todo este asunto, el gabinete había mostrado una increíble ligereza. Mal informado, antes del nombramiento de Gent, pusilánime después, siempre indeciso, empeñaba mal el difícil papel que iba á tocarle una vez reanudadas las sesiones de las Cámaras.

Sin embargo, todo había parecido favorecer su situa-

ción durante las vacaciones parlamentarias. El 20 de junio, circuló por París el rumor de que el príncipe imperial había perecido obscuramente, en el Sur del Africa, en una guerra dirigida por los ingleses contra los zulús. La noticia era cierta. El que era la esperanza de los bonapartistas y de todos los conservadores que se le habían adherido en odio á la República, desaparecía á los veintitrés años de edad, víctima de su valor, con gran sentimiento de un partido y de todo el que considerase la triste suerte de aquel jóven cuya cuna había parecido asegurarle los más altos destinos. Su sucesor, según la Constitución del Imperio, era un príncipe que había formado parte de los 363, que contaba pocas simpatías en su propia familia, que no reunía todos los sufragios bonapartistas y que no reuniría jamás los de la mayoría de los conservadores. Libre del más temible de sus adversarios, la República ya no tenía enfrente de ella más que una familia dividida y el majestuoso y cándido desterrado de Frohsdorf. Los resultados inmediatos de la muerte del príncipe imperial fueron la creencia general en la eternidad de la República y la convicción de que se podrían tentar impunemente ciertas experiencias. En París, bastaba á veces haber hecho la apología de actos calificados de crímenes para hacerse abrir las puertas del Consejo municipal. Alfonso Humbert, antiguo redactor del *Père Duchêne* durante la *Commune*, fué condenado por los magistrados y abuelto por los electores. Fué elegido en el barrio de Javel sin contar los seis meses de residencia exigidos entonces por la ley vigente. Cuando los demás amnistiados volvieron á Francia, fueron acogidos por manifestaciones significativas. Algunos de los hombres políticos que se habían separado de ellos en 1871 y que habían continuado formando parte de la Asamblea de Versalles parecieron querer rectificar su conducta y se pasaron retrospectivamente á la *Commune*. Luis Blanc se distinguió por el celo que desplegó en ir al encuentro de los repatriados y en justificar á los mismos á quienes tan severamente había tratado en 1871. Mientras se rehacía el partido revolucionario, afirmaba sus reivindicaciones sociales y, en un congreso de obreros celebrado en Marsella, sordo á los prudentes consejos de algunos de sus miembros, se adhirió en su mayoría á las doctrinas colectivistas.

Desarmado en presencia de las reuniones, el gobierno no estaba en presencia de la prensa; pero las absoluciones caprichosas del jurado y la popularidad que adquirían las raras víctimas de los tribunales le determinaron á dejarlo decir todo y á abstenerse de procesar á nadie. Sólo recurría á la represión ante los tribunales administrativos, como el Consejo de Estado, que después de haber declarado que el arzobispo de Aix había cometido un abuso de autoridad, pronunció igual fallo contra el obispo de Grenoble, culpable de haber publicado sin autorización ministerial un breve pontificio. Aquellas condenaciones legales, pero ridículas, producían dentro del partido radical exactamente el mismo efecto que las penas correccionales dentro de la democracia avanzada. Y tenían otro inconveniente más grave: del mismo modo que todas las leyes escolares parecían reducirse al artículo 7.º toda la política del gabinete Waddington, á pesar de las reiteradas declaraciones de todos sus miembros, y contra la reali-

dad, parecía reducirse á la lucha contra el clericalismo.

Aunque no hubiese cometido ninguna falta grave, desde el punto de vista de la opinión republicana, el gabinete Waddington estaba gastado en el momento de la reapertura de las Cámaras; cierto es que conservaba en la de diputados las simpatías de la mayoría, pero estas simpatías se hallaban inertes; en dos ó tres ocasiones graves, más de 100 diputados de la izquierda se habían abstenido de votar y el ministerio había reunido difícilmente unos 200 votos de la izquierda contra 140 de la derecha. Y es que en la izquierda parlamentaria había la misma falta de cohesión y de homogeneidad que en el ministerio: todo el mundo abrigaba la convicción de que el verdadero jefe de la mayoría, que hubiera debido ser el jefe del gabinete, había sido como inmovilizado en las funciones de presidente de la Cámara, á causa, sobre todo, de las indicaciones de Grevy. El hombre que éste había puesto al frente de su primer gabinete era un hombre muy leal y muy sabio, pero no reunía ninguna de las condiciones que se necesitan para arrastrar á una Asamblea, elegida en condiciones normales, y mucho menos á una Cámara salida de la tormenta de 1877. Hasta en el gabinete, Waddington fué eclipsado, pues no tuvo ni el vigor y miras lejanas de un Ferry, ni la ciencia jurídica y el espíritu gubernamental de un Le Royer, ni la palabra ductil y seductora de un Freycinet. En la dirección de la política extranjera, su papel se limitó á combinar la acción de Francia con la de Inglaterra en Egipto y, después del golpe de Estado financiero del khedive, á hacer destituir á este soberano por medio de una presión común sobre la Puerta. En medio de las dificultades que la cuestión de las reformas turcas y la insurrección del Afghanistan creaban al ministerio Beaconsfield, hubiera sido fácil tomar una preponderancia decidida en las márgenes del Nilo: Waddington no tuvo el golpe de vista ni la decisión necesarias para arriesgar aquella partida que hubiera evitado, tres años antes, los funestos acontecimientos de 1882 y la eliminación de Francia del co dominio.

El día de la reapertura del Parlamento (28 de noviembre), el *Diario Oficial* publicó un informe del ministro de Gracia y Justicia al presidente de la República sobre la situación de 830 condenados de la *Commune* no indultados ni amnistiados; estos se dividían en 554 individuos juzgados contradictoriamente y 276 contumaces; entre ellos figuraban 65 ex miembros de la *Commune* de París, 89 culpables de crímenes de derecho común contra personas, 104 culpables de crímenes de derecho común contra propiedades, 521 de antecedentes judiciales y 51 que pertenecían á la última categoría excluida de la amnistía. Estos últimos eran individuos notoriamente indignos, ó miembros de la *Commune* revolucionaria que predicaban la revancha próxima. La memoria de Le Royer anatematizaba, una vez más, como el mayor de los crímenes, la insurrección realizada el día siguiente á los desastres de Francia y en presencia del enemigo victorioso.

En la sesión de la Cámara del jueves 28 de noviembre, la primera que se celebraba en París desde 1870, Gambetta, en su discurso de apertura, recordó que el Congreso había devuelto á la incomparable capital el título legal de que se la había tenido desposeída tanto

tiempo sin poder quitarle nada de su importancia. Hizo un elogio admirable de «aquel prodigioso laboratorio de París donde se acumulaban todos los recursos intelectuales, donde afluyen todas las fuerzas vivas de la sociedad, todos los datos de la política interior y exterior, fecundados por un espíritu público cuya vivacidad no altera el acierto ni el buen sentido.» Contestó con una frase digna y altiva á las acusaciones ya formuladas contra él, al declarar que se mantendría escrupulosamente dentro de los deberes especiales del cargo de que le habían revestido. Finalmente trazó todo un programa de trabajo y hasta de gobierno, al pronunciar estas palabras que tuvieron gran resonancia: «Habéis reunido y preparado muchos materiales de construcción; habéis elaborado muchos proyectos: hay que dar cima á la obra... Hagamos converger todas nuestras facultades, todos nuestros esfuerzos hacia el fin supremo; la grandeza de la patria y el afianzamiento de la República.»

La composición del gabinete no era ajena al desconocimiento por la mayoría de las reglas del funcionamiento normal del régimen parlamentario. Las disposiciones poco menos que hostiles de la mayoría respecto al ministerio se revelaron no en sesión pública, sino en conciliábulos de grupos y en conversaciones de pasillos, donde se trató vagamente de un programa mínimo, sobre el cual los republicanos se entenderían y que impondrían al gobierno. Waddington aprovechó la primera ocasión que se le presentó para protestar contra un procedimiento que encontraba irregular y antiparlamentario; se alzó contra la conducta de la izquierda que creaba al ministerio «una situación intolerable,» contra «una ingerencia y una tiranía» que ningún gabinete querría soportar; intimó al Parlamento á que dijese categóricamente si el ministerio poseía ó no su confianza; reclamó la confianza absoluta y completa de la mayoría, con un vigor que nadie le había visto desplegar; censuró la política de pasillos, de ataques por medio de la prensa, y, en nombre de la dignidad de la Cámara y del porvenir del régimen parlamentario, pidió imperiosamente á la Cámara que provocase las explicaciones del ministerio.

El guante no fué recogido aquel mismo día; pero momentos después de haber bajado de la tribuna el presidente del Consejo, la Cámara, á propuesta del señor Boysset y después de una ardiente acusación de Floquet, tomó en consideración, por 320 votos contra 152, con el asentimiento de Le Royer y de sus colegas, una proposición para que se suspendiera la inamovilidad de los magistrados. El gabinete desaprobaba en el fondo aquella proposición que no había de surtir efecto hasta cuatro años después, pero no se atrevió á combatirla.

Los incidentes de la sesión del 2 de diciembre habían abierto una verdadera crisis ministerial que duró en realidad hasta la constitución del ministerio Freycinet. El 4 de diciembre los Sres. Brisson, Allain-Targé, Floquet, Gátineau, Boysset, Spuller Baihaut, Dreou, Labuze y Varambón pidieron la palabra para interpelar al gabinete sobre su política interior. Waddington manifestó el deseo de que la interpelación fuese discutida inmediatamente y Brisson subió á la tribuna para explicarla. Su discurso produjo tanto más efecto cuanto

que sus intervenciones eran muy raras. Con sobriedad, concisión y firmeza, hizo ver el desacuerdo que reinaba en el ministerio y la unión que subsistía en la mayoría á pesar de que en diez meses el gabinete no había sabido hacer la educación parlamentaria de aquellos 350 diputados procedentes de los puntos más diversos del horizonte político. Expuso que el gobierno no había solucionado la cuestión de las relaciones de la gendarmería con los municipios y las autoridades administrativas, ni había sabido calmar la emoción pública provocada por los gritos facciosos de «¡viva el rey!» dados en banquetes en que asistían oficiales del ejército territorial. Nadie sabía donde estaba la fuerza, ni donde estaba la dirección gubernamental. Había faltado inteligencia, entre los servicios públicos, porque ciertas corporaciones administrativas, judiciales, científicas y otras, constituidas en mandarinatos, contrarrestaban el poder; porque el gabinete no había sabido dar orientación á los funcionarios, ni al parlamento, ni á la población; porque vacilaba ante una mayoría resuelta; porque retrocedía ante las reformas y las iniciativas; porque iba dirigido sobre todo al gobierno el apremiante consejo de Gambetta de que «había que dar cima á la obra.»

El presidente del consejo contestó en términos que nada conservaban de la resolución por él mostrada dos días antes. Afirmó su propósito de no prestarse á que fuese reproducida la cuestión de la amnistía; recordó las leyes de enseñanza presentadas, la vuelta de las Cámaras á París llevada á efecto, el consejo de Estado reorganizado, la Hacienda en situación próspera, la paz pública mantenida, pero nada contestó á los cargos formulados por Brisson. Según declaración del presidente del Consejo, el gobierno no quería la amnistía completa, ni el nombramiento de los alcaldes por todos los consejos municipales, ni la libertad absoluta de la prensa, ni el derecho de reunión ilimitado, ni el derecho de asociación sin traba alguna, y consideraba como una suprema imprudencia el dividir al partido republicano en dos, el de los progresistas y el de los conservadores.

Julio Ferry repitió con mayor firmeza las declaraciones del presidente del consejo y el Sr. Devés explanó los motivos de una orden del día de confianza que propuso en nombre de la izquierda republicana. «La Cámara de diputados, rezaba la orden del día, después de oír al gabinete en sus declaraciones, persuadida de que está firmemente resuelto á hacer respetar por todos el gobierno republicano y confiada en el vigor con que separará de los empleos públicos á los funcionarios hostiles á nuestras instituciones, pasa á la orden del día.»

Esta orden del día que creaba el equívoco, y no resumía en manera alguna la discusión que acababa de tener efecto, fué adoptada por 221 votos contra 97, absteniéndose de votar 203 diputados, pertenecientes casi todos á la izquierda. El gabinete quedaba moralmente en crisis y hasta el 21 de diciembre no existió más que de nombre. Si fué mantenido el 4 de diciembre por el escrutinio, debióse á un incidente parlamentario que acababa de ocurrir. Durante su discurso, Ferry había hablado de las impertinencias de ciertos oficiales del ejército territorial. «Id á decirles delante

lo que acabáis de decir aquí, gritó Pablo de Cassagnac, y os arrojarán las charreteras á la cara.» Cassagnac fué corregido con la exclusión temporal, y ningún republicano quiso votar contra un gabinete que tenía en frente semejantes enemigos y á quien se atacaba con aquella violencia injuriosa: todos se refugiaron en la abstención.

Waddington se daba tan exacta cuenta de la situación creada al gabinete por la votación del 4 de diciembre que, desde aquel momento manifestó su intención de dimitir. Resignóse á conservar el poder con una mayoría desconfiada y un gabinete dividido, hasta el día en que dos ministros, directamente atacados por dos votaciones de la Cámara, se retiraron espontáneamente. Contestando á una interpelación de Lockroy sobre la aplicación que había hecho de la ley de la amnistía, Le Royer obtuvo una orden del día de confianza que si se aprobó por 250 votos contra 175, debióse á la abstención de la derecha.

En la interpelación dirigida al ministro de la Guerra por los Sres. Achard, Rouvier, Caduc, Lalanne, Reynal y Trarieux, el resultado fué aún peor: el gabinete triunfó otra vez, pero su mayoría de 244 votos contra 163 contenía 118 de la derecha. El 29 de septiembre se había celebrado en Burdeos un banquete legitimista con la asistencia de dos comandantes y el teniente coronel del 140.º regimiento de infantería territorial, señor Carayon-Latour, senador. El ministro había suspendido de empleo á los dos comandantes y citado al teniente coronel ante un consejo de información que declaró que no había lugar á formación de causa. El Sr. Reynal, en nombre de los interpelantes, suplicó al general Gresley que volviese de su acuerdo: el ministro se negó, bajó de la tribuna y abandonó el salón de sesiones, en medio de los ruidosos aplausos de la derecha.

El 21 de diciembre, los ministros, en vista de que el presidente del consejo estaba resuelto á resignar sus funciones, hicieron otro tanto, y en seguida Waddington llevó al presidente de la República la dimisión colectiva del gabinete y de los subsecretarios. El ministerio del 4 de febrero había durado diez meses y medio, inaugurando, no por falta de luces ni buena voluntad, sino por falta de energía, aquel período de crisis y de inestabilidad que debilitó, á los ojos del país, el prestigio del partido republicano, al extremo de hacer dudar de su capacidad gubernamental.

III

Fuera del mundo parlamentario, la caída del gabinete Waddington produjo gran sorpresa, porque pocas personas conocieron los motivos. La crisis ministerial fué larga. Todo el mundo se preguntaba si el jefe incontestable de la mayoría tomaría la dirección del gobierno. La respuesta fué pronta y nada equívoca: Gambetta se quedaba en el puesto á que lo había llamado la confianza de sus colegas. A falta de Gambetta, el más indicado era Julio Ferry, puesto que se trataba sobre todo de hacer votar las leyes en suspenso y particularmente las escolares. Pero tampoco le fué ofrecida la presidencia del consejo, quizá porque se le consideraba demasiado comprometida en la lucha contra el clericalismo. Quedaba Freycinet, personaje enigmático

que no inspiraba gran desconfianza al centro izquierdo, ni á la unión republicana de la Cámara, tal vez porque no tenía opinión bien determinada, ni programa bien definido. El primero de dichos grupos estaba satisfecho de las declaraciones muy moderadas que con frecuencia había hecho durante los últimos dos años, y el segundo estaba lleno de indulgencia para con el antiguo colaborador de Gambetta durante la Defensa nacional. Indiferente á los matices, excéptico en materia de política pura, muy apreciado de Grevy, Freycinet recibió la misión de formar gabinete, y sólo se desprendió de los ministros que no quisieron continuar en su puesto, que fueron los Sres. Waddington, Le Royer, León Say y Gresley, que fueron reemplazados sucesivamente por el mismo Freycinet, que confió la cartera de Obras públicas al Sr. Varroy al tomar la de Negocios extranjeros, y por los Sres. Cazot, Magnin y Farre. Los ministros conservados eran, además de Freycinet, los señores Cochery, Tirard, Ferry, Jaureguiberry y Lepère. Completóse el gabinete con el nombramiento de seis subsecretarios: Martin-Feuillée en Gracia y Justicia, Constans en el Interior, Wilson en Hacienda, Turquet en Bellas Artes, Sadi-Carnot en Obras públicas y Cipriano Girerd en Agricultura y Comercio. Todos estos hombres, de gran notoriedad, muy competentes y republicanos, formaban más bien una analgama de ministros que un verdadero gabinete. Era el ministerio Waddington sin Waddington, con los mismos defectos que el gobierno anterior, sin significación precisa. En su formación no se habían tenido en cuenta las repetidas indicaciones de la Cámara, ni sus repugnancias, ni su vivísimo deseo de progreso y de reformas. El primer ministerio Freycinet era adecuado, si así cabe decirlo, á la mayoría senatorial y, por consiguiente, se quedaba atrás respecto á la opinión de la mayoría republicana de la Cámara, circunstancia tanto más grave cuanto que el gabinete iba á seguir en definitiva á esta mayoría, en vez de guiarla. Ministros y mayoría sólo estaban de acuerdo sobre las leyes escolares, y precisamente esta cuestión de las leyes escolares iba á demostrar que los ministros no estaban acordes entre sí.

En el programa que leyó en las Cámaras, Freycinet afirmó que la formación del nuevo gabinete prometía una marcha resuelta en la vía «de las reformas necesarias y de las mejoras sucesivas.» Anunciaba la reorganización de la magistratura y la reforma del personal administrativo. Las disposiciones del proyecto de ley sobre el derecho de reunión, presentado por el anterior gabinete, eran aceptadas por el nuevo. Anunciábase un proyecto de ley de imprenta. Continuaríase la ejecución del programa de obras públicas anteriormente emprendido. Debía organizarse el régimen arancelario y activarse la deliberación de las leyes militares. Para asegurar el cumplimiento de tan considerable programa, Freycinet invocaba lo que más falta le hacía, el espíritu de constancia y de método, y prometía, para tranquilizar los ánimos, un gobierno liberal, capaz de fundar una República en que ingresasen sucesivamente todos los franceses. Respecto á las leyes escolares, el ministerio no las había olvidado; quedaban sometidas al Parlamento y serían completadas por una ley sobre la instrucción primaria, conforme á las aspiraciones del país.